

**Día #27 - Parte 1: ¡Cuidado con tu boca! - Job**  
**Lee: Mateo 15:18; Job 38:2; 40:8; Eclesiastés 4:2**

Job debió quedarse boquiabierto frente Dios, cuando al final de su terrible sufrimiento Dios le llama la atención por las palabras tontas que intercambió con sus tres "consoladores". Dios le dice a Job: "¿Quién se atreve a oscurecer mis designios con palabras carentes de sentido? ¿... vas a condenarme para justificarte?"

Job no pecó con su boca cuando perdió su riqueza, sus sirvientes, o incluso sus preciosos hijos. Todavía estaba por encima de todo reproche cuando perdió su salud. Incluso cuando sus consoladores llegaron por primera vez estaba bien. No fue hasta que abrió la boca que se metió en problemas con Dios.

En el centro de la discusión entre Job y sus amigos está la afirmación de que Dios es demasiado santo para permitir que los justos sufran. Si el sufrimiento es el resultado del pecado, Job debe haber cometido uno grande.

Job argumentó con razón que sus pruebas no se debían al pecado. De hecho, aunque él no lo sabía, fue exactamente por su *justicia* - no por el pecado - que fue el blanco de los problemas. Pero, como sucede a menudo en los argumentos, cada intento frenético de buscar razones, puede dejarlo a uno inclinándose un poco más lejos de la verdad. Al poco tiempo, Job sonaba mucho mejor de lo que realmente era, y Dios sonaba injusto.

El sabio adagio dice: "En las muchas palabras no falta al pecado; El que es prudente refrena sus labios". (Proverbios 10:19)

Hubo otra dinámica que contribuyó al movimiento incremental de Job hacia el error. Tiene que ver con el poder de una palabra una vez que se dice. ¿Has notado el repentino poder que adquiere un pensamiento en el *momento en que se habla*? Así que, cuanto más se oía hablar Job a sí mismo, más creía en su hipérbole que cada vez era más extrema.

Trabajar en tres idiomas a través de los años me ha dado una profunda experiencia en la mala pronunciación de las palabras. Después de ser corregida, a veces he pensado, "Sé que lo he oído pronunciar de la otra manera". Después de reflexionar, me doy cuenta de que lo *había oído* de otra manera, cuando yo misma la había dicho. Un ejemplo simple, pero ilustra el poder que adquiere una palabra una vez que se dice.

Una vez que Job se dio cuenta de su error, uno puede imaginárselo moviendo su cabeza y diciendo: "¿En qué estaba pensando?"

El punto no es que Dios no pueda soportar escuchar nuestros pensamientos infieles, sino que *tal vez nosotros no podamos*. Debemos tener cuidado con la palabra hablada.

## **¿QUÉ PIENSAS?**

¿Has notado el repentino poder que un pensamiento puede tomar en el momento en que se habla? Describe una experiencia que hayas tenido u observado donde, cuanto más se dice algo en voz alta, más poderoso e incluso verdadero parece llegar a ser.

¿Significa esto que nunca podemos expresar en voz alta nuestras preguntas honestas, "reflexiones más profundas", e incluso dudas?

¿Cómo podemos evitar ser descarriados cuando expresamos pensamientos genuinos y reflexiones sobre nuestra fe?